



Reflection from Fr. Joey Evangelista, MJ

Today, we celebrate the Feast of Christ the King.

When we speak of our King, we must be clear about the kind of ruler we honor. Our King does not live in a fancy palace; in fact, our King is homeless and chooses to stay wherever people are most in need. He does not command a massive, boastful army, but rather, our King has only disciples who follow his example of selfless service. He certainly does not send troops to frighten people into following him; instead, our King feeds the hungry, heals the sick, and invites us into God's ongoing story of love for the poor and the downtrodden. And unlike worldly rulers, he does not surround himself with the wealthy; our King seeks out the company of the poor and those who are suffering.

At the close of each liturgical year, we declare Jesus Christ as our King. After a full year of listening and reflecting on the word of God, proclaimed every Sunday and throughout the week, that word leads us directly to the proclamation of Christ as our King. The Bible readings we hear are not chosen by chance; they are proclaimed in a deliberate order to help us discern, with the guidance of the Holy Spirit, the will of God and to truly know His Son, Jesus Christ.

Jesus is not a King who simply crowned himself. He is the promised Anointed One foretold in the Old Testament. He comes from the family line of David, a humble shepherd chosen by God to lead His people, just as a good shepherd cares for his sheep. The Apostle Paul tells us that He is also the image of the invisible God. Everything in heaven and on earth, both the visible and the invisible, was created *in* Him. He is the Head of the Church, which is His body. Knowing all this, we cannot deny that Jesus Christ is a powerful King, far more powerful than any leader the world has ever seen in human history.

Yet, the Kingship of Jesus is not about a power that dominates; it is fundamentally about selfless service. Convicted of a crime he did not commit, he was crucified on the cross. He chose not to use his power to save himself, as the powerful leaders of this world do. Instead, he was tortured and died on the cross like a common criminal. He was crucified not because he had no choice—he absolutely had a choice. But he did not choose the path of the power of domination; he chose the power of God's love—a love that cares and endures, even beyond death. Even while dying on the cross, Jesus still cared for the needy, granting forgiveness to the man who asked for God's mercy and assuring him, "Truly, I tell you, today you will be with me in Paradise."

Jesus is not a king who lives in a big house; our King is homeless and stays with the needy. He is not a king who boasts of a large army at his command; our King has only disciples who follow his example of selfless service. He is present in the volunteers who dedicate their lives to care for victims of war and victims of abuse. He is not a king who sends out troops to scare people into submission; our King feeds the hungry, heals the sick, walks with immigrants, and invites us to become part of the ongoing story of God's love for the downtrodden. He is not a king who surrounds himself with wealthy people, but one who seeks the company of the poor and oppressed and calls them blessed.

May our lives reflect the will of Jesus Christ our King, relying not on the power of domination but on the power of God's love—a love that seeks to liberate from all forms of oppression and give a life that can never be vanquished by death.

Reflexión del Padre Joey Evangelista, MJ

Hoy celebramos la fiesta de Cristo Rey.

Cuando hablamos de nuestro Rey, debemos tener claro qué tipo de gobernante honramos. Nuestro Rey no vive en un palacio lujoso; de hecho, nuestro Rey no tiene hogar y elige quedarse donde la gente más lo necesita. No comanda un ejército enorme y ostentoso, sino que nuestro Rey solo tiene discípulos que siguen su ejemplo de servicio generoso. Ciertamente, no envía tropas para asustar a la gente y que lo sigan; en cambio, nuestro Rey alimenta a los hambrientos, cura a los enfermos y nos invita a participar en la historia de amor de Dios por los pobres y los oprimidos. Y, a diferencia de los gobernantes mundanos, no se rodea de ricos; nuestro Rey busca la compañía de los pobres y los que sufren.

Al final de cada año litúrgico, proclamamos a Jesucristo como nuestro Rey. Después de un año completo de escuchar y reflexionar sobre la palabra de Dios, proclamada cada domingo y durante toda la semana, esa palabra nos lleva directamente a la proclamación de Cristo como nuestro Rey. Las lecturas bíblicas que escuchamos no se eligen al azar; se proclaman en un orden deliberado para ayudarnos a discernir, con la guía del Espíritu Santo, la voluntad de Dios y a conocer verdaderamente a su Hijo, Jesucristo.

Jesús no es un Rey que simplemente se coronó a sí mismo. Es el Ungido prometido y anunciado en el Antiguo Testamento. Proviene del linaje de David, un humilde pastor elegido por Dios para guiar a su pueblo, así como un buen pastor cuida de sus ovejas. El apóstol Pablo nos dice que Él es también la imagen del Dios invisible. Todo lo que hay en el cielo y en la tierra, tanto lo visible como lo invisible, fue creado *en* Él. Él es la Cabeza de la Iglesia, que es Su cuerpo. Sabiendo todo esto, no podemos negar que Jesucristo es un Rey poderoso, mucho más poderoso que cualquier líder que el mundo haya visto en la historia de la humanidad.

Sin embargo, la realeza de Jesús no se trata de un poder que domina, sino que se trata fundamentalmente de un servicio desinteresado. Condenado por un delito que no cometió, fue crucificado en la cruz. Eligió no usar su poder para salvarse a sí mismo, como hacen los poderosos líderes de este mundo. En cambio, fue torturado y murió en la cruz como un delincuente común. No fue crucificado porque no tuviera otra opción, ya que sí tenía otra opción. Pero no eligió el camino del poder de la dominación; eligió el poder del amor de Dios, un amor que cuida y perdura, incluso más allá de la muerte. Incluso mientras moría en la cruz, Jesús seguía preocupándose por los necesitados, concediendo el perdón al hombre que pidió la misericordia de Dios y asegurándole: «En verdad te digo que hoy estarás conmigo en el Paraíso».

En resumen: Jesús no es un rey que vive en una gran mansión; nuestro Rey no tiene hogar y vive con los necesitados. No es un rey que se jacta de tener un gran ejército a su mando; nuestro Rey solo tiene discípulos que siguen su ejemplo de servicio desinteresado. Está presente en los voluntarios que dedican su vida a cuidar de las víctimas de la guerra y del abuso. No es un rey que envía tropas para asustar a la gente y someterla; nuestro Rey alimenta a los hambrientos, cura a los enfermos, camina con los inmigrantes y nos invita a formar parte de la historia continua del amor de Dios por los oprimidos. No es un rey que se rodea de gente rica, sino uno que busca la compañía de los pobres y oprimidos y los llama bienaventurados.

Que nuestras vidas reflejen la voluntad de Jesucristo, nuestro Rey, confiando no en el poder de la dominación, sino en el poder del amor de Dios, un amor que busca liberar de toda forma de opresión y dar una vida que nunca pueda ser vencida por la muerte.

